

Domingo XXVIII del Tiempo Ordinario (13-10-24)

Homilía de Monseñor Carlos Castillo

(Transcripción)

Hermanos y hermanas:

En este camino que estamos haciendo en el mes de octubre, el Señor en este evangelio también está de camino. Y en ese camino alguien lo busca para plantearle un problema: “¿*Qué haré para heredar la vida eterna?*” Esta palabra, “vida eterna”, no es solamente la vida en el más allá, también en la vida de acá. Hay que tener la capacidad de vivir aquí y ahora eso que llamamos “los valores del Reino de Dios”, los que vamos a recibir eternamente para siempre, para vivir en la alegría y en el amor con todos nuestros hermanos resucitados y con Dios para siempre. Ésa es la gran promesa.

Ese tiempo que vendrá, hacia el cual vamos, requiere también que lo anticipemos. Y, por eso, tener vida eterna es algo así como una pregunta que nos hacemos los seres humanos aquí, en este mundo actual, con otra pregunta: ¿Qué sentido tiene la vida? ¿Para qué vivimos? ¿A dónde vamos? ¿Qué sentido tiene todo lo que hacemos?

¿Por qué nos preguntamos eso? Porque uno no puede vivir sin sentido profundo, sin horizonte amplio. Por ejemplo, para vivir con sentido se necesita respetar, amar, servir, compartir, alegrarse, ser feliz, tener una familia bonita, tener una buena vecindad, no todos esos líos que estamos teniendo ahorita que nos amenazan por aquí, por allá. Todos queremos que en esta vida haya algo de lo que será la vida eterna, ¿sí o no?

La vida eterna, entonces, empieza aquí. La vida eterna es la que no tiene principio ni fin; o sea, que no es solamente la vida futura,

también es la vida presente. Y tenemos que aprender a vivir la vida eterna acá. Inclusive, el Evangelio de Juan que, conforme se avanzaba en la vida de la Iglesia primera se profundizaba mejor, el Evangelio dice: “Quien ama tiene vida eterna”. O sea que ya cuando amamos, formamos comunidad, nos unimos en la procesión, a partir de allí aprendemos a ser hermanos.

Hoy día acabamos de hablarle a toda la Hermandad del Señor de los Milagros, los cinco mil están allá, en el colegio Claretiano. Hemos creado una enorme hermandad, pero lo importante es que eso se transparente y se comunique a todos, y todos aprendamos a hacerla hermanamiento de verdad. Bueno, eso es la vida eterna, y ya estamos anticipándola, viviéndola aquí. Y el que no ama, no ha conocido a Dios, porque Dios es amor.

Entonces, todo radica en el punto central de que Dios, siendo amor entre el Padre, el Hijo y el Espíritu, nos ha creado a su imagen y podemos crecer si vivimos en ese amor. Ese es el último sentido que nos va a permitir participar de la plenitud de ese amor en su Reino, cuando Él lo diga, cuando termine la historia y el Señor la declare como partícipe ya de la eternidad. Y, mientras tanto, nos invita a que todos vivamos esa dimensión.

¿Qué pasa con este muchacho? Mejor dicho, con este mayor que fue muchacho, ¿no es cierto? Dice que ya era mayor, pero desde pequeño había cumplido con los mandamientos. Y el Señor le dice: “Te falta algo”. ¿Qué cosa puede faltarle a una persona que cumple los mandamientos, a un tipo bien recto?

Dice que lo miró con cariño, inclusive. Qué bonito es eso porque el Señor reconoce lo bueno que la persona es cuando se cumplen los mandamientos, pero, ¿por qué no es suficiente? ¿Por qué algo falta? Porque, cuando nosotros no matamos, no robamos, respetamos a la gente, al papá y a la mamá, todavía

estamos en nuestro “mundito”. En el mundo hebreo, por ejemplo, el amor al prójimo era el amor al hebreo que estaba cerca, pero no, por ejemplo, el amor al extranjero ¿De acuerdo? Era un amor “endogámico”, nacional, que era restringido a mi entorno, familia, a mi grupito, y no salimos de “nosotros”.

Lo que le está diciendo el Señor a este rico es que está llamado a salir, a salir de sí, a salir de su mundito, hacia el, ella, ellos, ellas. No solamente basta nuestro mundo, sino los hermanos, la sociedad, el mundo entero, los que están en las periferias, en los márgenes. Y, en ese sentido, el texto dice que había cumplido todos los mandamientos desde pequeño, pero el Señor lo invita a hacer algo más grande. *“Vende todo lo que tienes, comparte el dinero con el pobre, tendrás un tesoro en el cielo y sígueme”*. Y él se fue muy entristecido porque era muy rico, tenía muchos bienes. Quiere decir que los bienes que son importantes para que todos nos desarrollemos, avancemos, pueden jugaros una mala pasada. Si nos quedamos en ellos, como lo principal, perdemos la capacidad de amar.

A ustedes les ha pasado que, cuando uno está desesperado por algo, se cierra y no ve más allá, se “ciega”. Eso ocurre, por ejemplo, cuando uno está enamorado de una chica y es rechazado, pero se “ciega” en creer que tiene que ser esa chica. Es decir, no quiere ver la realidad. Y ese es el problema: le huimos a la realidad porque tenemos una mirada corta, y el Señor quiere que tengamos una mirada lejana, amplia. Que, si hay algo que no se puede realizar, no nos desesperemos, sino que pensemos bien porque, de repente, hay alguna razón interesante. Y así busquemos por otro lado.

Por eso es que la lectura del inicio que hemos leído (Sabiduría 7,7-11), exhorta a todos a una actitud: la actitud de sabiduría. ¿Qué cosa es la sabiduría? La palabra “sabiduría” viene de

“sabor”; “saber” porque se siente el “sabor”. ¡Qué bonito! El Señor nos ha acercado la cabeza a partir de lo que sentimos, porque nadie nace sabio, nadie tiene todo claro; lo vamos aclarando conforme sentimos la experiencia. Y, entonces, dice inclusive en el texto, que esta sabiduría la prefería *a los cetros y tronos, a la riqueza*. Es verdad que nos puede cegar la riqueza y otras cosas que deseemos que se realicen ¡ya!. Cuando todo es inmediato, todo es apurado, todo es ambición y todo es locura, y la “armamos”. Díganme si eso no está pasando ahora en el país.

Estamos a expensas de la cantidad de grupos que pueden hacernos daño a todos, y eso se debe a leyes que, por desesperación, a alguno le convenía para su negocio. No es posible, eso es inmoral. No estamos metiéndonos en política, estamos metiéndonos en una cosa que es para el bien común, y para el bien común no se puede legislar contra el bien de toda la sociedad. Y muchos de los problemas que están pasando es porque la ambición nos “ciega” y, entonces, en cualquier parte se hacen cosas como la del ladrón que está “ciego” por un reloj o un celular.

La “ceguera” viene de la mirada corta, no sabe que él mismo se está haciendo daño y está haciendo daño a todos. Y nosotros nos hacemos daño cuando nos fijamos no solamente metas, sino vemos corto, porque nos desesperamos por algo y no vemos que estamos jugándonos realmente la felicidad. Nada nos puede cegar.

El Señor nos ha invitado, además, a una cosa muy importante: a tener una experiencia de fe de ojos abiertos. Digo eso porque ahora la moda es: ¡vamos a rezar! Y todo el mundo cierra los ojos ... A veces, yo también lo hago, otras veces por sueño. Pero el asunto es que el Señor nos ha enseñado a verlo en los otros,

en la realidad, en la conversación, en la amistad, en la solidaridad. Preferentemente, nuestra fe es una fe de ojos abiertos, no cerrados.

Y este “muchacho” tiene la inquietud de ser feliz, de encontrar sentido a su vida, pero no sale. Sus riquezas lo han “cegado” y se siente muy triste y se va. Por eso es que el Señor señala lo difícil. Y la riqueza aquí tiene tanto el valor de la riqueza grande, cuanto la mentalidad de rico. En nuestro caso, aquí todos somos gente que no ha tenido nunca riqueza grande ¿O hay alguno aquí que tiene un banco? A ver, que levante la mano el que es dueño de un banco. Quizas sea dueño de una banca, pero no de uno banco. Nadie, ¿no es cierto?, yo tampoco, pero tenemos, quizás, deseos.

Decía un sacerdote: “No somos ricos, pero a veces tenemos mentalidad de ricos”. Todos quisiéramos ser ricos, y yo creo que no es lo más justo. Debemos ser personas que tengan lo suficiente para poder vivir y compartir, y el resto que sea para los demás. Y esta aventura de compartir con los pobres es fundamental.

Ayer, estábamos en RPP y una de las chicas del canal me dijo: “acaba de haber un grupo de empresarios que ha creado un método para ganar lo suficiente, pero favorece a las empresas pequeñas y a las bodeguitas y a los clientes, entonces, todos se benefician”. ¡Uy, beato sea Dios! Ya empiezan a haber empresarios así.

Ustedes saben que, cuando un país, una sociedad, entra en una situación muy tensa, Dios ha hecho las cosas de tal manera que empieza un “espíritu de resiliencia”; es decir, a pesar de que hay una situación difícilísima, ya, entonces, empiezan las fuerzas a

moverse en cosas positivas para regenerar todo nuevo. Ese espíritu está naciendo.

Sufrimos tanto, hermanos y hermanas, que necesitamos una regeneración, una especie de vuelta al útero materno para sentir hondamente el amor gratuito de la mamá y nacer a un país nuevo. Y hay signos que hacen ver que todos tenemos algo de interesante que puede surgir. Yo pongo siempre el ejemplo de los jóvenes de las plazas porque es el más lindo y más visible. ¿Los han visto bailar? En la plaza de los Héroes Navales, en la plaza Grau, en todas las plazas y los parques. Y eso es muy bonito porque se está anticipando allí el país que queremos, la sociedad que queremos: alegre, armónica, que se ayuden todos unos con otros, que se enamoren, que rinden culto a la Virgen, que cantan y bailan, ¡qué cosa tan linda! Ese es el país que necesitamos, que esté en paz.

Y hay otros que todavía no salen de su mundo y no sienten esa fuerza de la resiliencia que está andando, pululando en el deseo profundo de cada uno de nosotros. A eso nos invita el Señor, a eso lo está invitando a este “muchacho” que se va muy triste porque no entona con lo que está pasando con Jesús, quien va caminando con la gente y está haciendo una cosa distinta y nueva con sus discípulos, sirviendo con sus curaciones, con su seguimiento; como lo hace nuestro Señor de los Milagros que ahora sale a las calles y todos estamos contentos porque nos anima a poder ser hermanos unos como otros.

Por eso, hoy día, cuando el Señor responde y le dice a sus discípulos cuando ellos preguntan: “¿Quién puede salvarse?”, recurramos todos a esto que dice el Señor: “*Lo que es imposible para los hombres es posible para Dios*”. Y, hoy día, en nuestro país estamos en una situación un poco imposible, pero Dios que camina con nosotros, el Señor que nos mira y sale a revisar

cómo está la ciudad y visita a los enfermos, que nos recuerda los caminos de Jesús por Galilea, que va a terminar después en la Cruz, pero también por amor, porque no se bajó; Dios no nos enseña venganza, nos enseña cariño, amistad, amor, justicia, paz, compasión con los que sufren. Y, por eso, hoy día, este Dios de las cosas imposibles, el Señor de los Milagros, el “Dios de lo imposible”, el que afronta lo imposible y lo revierte para que todos gocemos con alegría; vamos a pedirle que también nos haga dejar todo a nosotros. “Todo” significa tener disponibilidad a servir.

El Papa ahora nos ha mandado una cartita a todos los que nos ha elegido cardenales y nos dijo tres cosas en la parte final: tenemos que ver lejos, tenemos que caminar siempre orando con las manos juntas, y tenemos que caminar con los pies desnudos para sentir los terrenos difíciles del sufrimiento. Y al final dice: “Y ojalá sean diáconos”. “Diácono” significa “servidor”. Ayer hemos ordenado cuatro diáconos, servidores de la Iglesia. Y ese “ser diácono”, nos invita el Papa a que lo hagamos los cardenales. ¿Para qué? Para que disminuya ese título de “eminencia”, para que opaque la eminencia y surja el servidor. ¡Qué bonito!, porque esa eminencia parece una especie de cabeza grandeza.

La palabra nació oficialmente porque se hablaba de la eminente cantidad de sangre que derramó Jesús de su costado, hasta la última gota. Por eso se llamaba “eminencia”, pero después se han olvidado de ese significado y queda pues la “eminencia” de una especie de rey o de príncipe. Y el Papa quiere servidores, ése es el camino.

Vamos a tratar de ayudarnos en ese camino de servicio todos y pedirle al Señor de los Milagros que, así como nos ha hecho el milagro de ser un país lindo y esperanzado, y nos ha dado ese

pequeño milagrito este mes, en medio de octubre, también nos permita el milagro de poder ser un país feliz, lleno de alegría y esperanza. Y así, con Él, que lo puede todo, el Dios de los imposibles, haremos que este país imposible sea viable y sea posible. Como Rosa de Lima decía del Perú, que sea “una partecita delo cielo”.

Esa es nuestra gran tarea: hagamos grande nuestro Perú, ancho de corazón. Que Dios los bendiga a todos y que nos haga caminar con Él toda la vida, siempre.

Amén.